

Capítulo 1

IMPERIA, LA JOVEN GUERRERA

Escupiendo maldiciones y haciendo resonar sus armas de bronce, el rey Deucalión, hijo de Prometeo, avanzaba con paso firme por los pasillos de su fortaleza en el reino aqueo de Ftia.

—¿Qué hemos de cazar con esta lluvia? —se preguntaba, con el rostro enjuto.

Ante la respetuosa y temerosa mirada de su guardia, abrió con un golpe de mano el portón de sus aposentos e irguió su rostro, sorprendido.

—¿Quién eres, capaz de llegar hasta mí tan solo con tu belleza? —preguntó.

Una joven mujer de aspecto delgado se hallaba ante él. Su piel era pálida, como la de un muerto; el iris de sus ojos, cobrizo como el metal; sus cabellos rubios y largos, sedosos, recogidos sobre su cabeza con una víbora de oro por diadema. Una capa gris la cubría en parte, ocultando la transparencia de su delicado chitón y mostrando sus pies desnudos. El rey la contemplaba, esperando respuesta.

—Eso ahora no importa —aseguró la enigmática mujer, ahondando en su mirada y dando dos pasos hacia él—. Escucha mi mensaje, mi señor. Siempre has ofrecido grandes hecatombes y plegarias a Poseidón, fiel has sido a sus demandas y le has brindado lo mejor de tu rebaño, pero el pueblo aqueo ya de él se olvidó y ahora solo tiene glorias para la sin par Atenea, la divina de ojos de lechuza. Y a ella le han proclamado su amor, humillando al señor de los mares. Su cólera es fuerte y desatará una gran tormenta que todo lo devastará. Desde Occidente a Oriente caerán las aguas en las costas del Mar entre Tierras, sembrando muerte, recogiendo almas dejadas en pena. Él quería que supieras, pues no se olvida de aquellos que por siempre le veneran. Ahora ya sabes.

—Pero... —susurró Deucalión viendo alejarse a la escuálida mujer.

El rey la siguió con la mirada, sin salir de su asombro. Ella se cubrió con la capucha y pasó ante la guardia sin que éstos repararan en su presencia.

—Es una mensajera de los dioses, quizás incluso divina —susurró, percatándose de aquel hecho. Alzó su rostro y tragó saliva.

Apenas había pasado una semana, Deucalión, nervioso, observaba desde sus aposentos el cielo, gris hasta donde alcanzaba la vista. Las nubes y la lluvia no desaparecían, por el contrario abundaban cada vez más y el sol hacía días que no se veía. El rey ftio, que había mantenido en secreto aquella revelación, marchó esa misma tarde hacia las altas montañas del norte con su familia y pueblo. Angustiado por la pena que pudieran sufrir los reinos hermanos, finalmente, mandó una misiva a Cécrope, rey de Atenas, para que pudiera salvar la vida y avisara a Argos, Micenas, Delfos, Olimpia y a las gentes de Lacedemonia de la catástrofe que se cernía sobre ellos. La dinastía de los Cécropidas dominaba Atenas y extendía su influencia por toda Ática, incluso Micenas. Adoradores de Zeus, nacidos de la Tierra, se proclamaban como hijos de Atenea, la divina y sabia guerrera.

—Nuestro hermano, el rey Deucalión, nos advierte de un terrible peligro, mas no creo que sea tal pues Zeus nos protege y Atenea, divina de nuestra polis, en guardia está. Aun así, consultado el oráculo, he rogado a Delfos que nos presente a Pitia, pues es dueña de la profecía y, sin duda, ella nos dirá —comentó el rey Cécrope en la Corte de Atenas, reunido con los demás reyes aqueos y sus sabios consejeros, convocados ante tan excepcional misiva.

Aquella escualida mujer de piel blanca y cabellos rubios, entró en la sala envuelta en su capa, descalza y seguida por una estela de aire frío, agachando la cabeza en muestra de respeto hacia el rey de reyes aqueo.

—Dime, Pitia, tú que nos honras con tu visita, tú que eres sabia sacerdotisa de la profecía, amante de Apolo, divina de Delfos, ¿es cierto que una gran tormenta arrasará nuestra tierra?

Pitia le observó en silencio, levantó su rostro y una lágrima recorrió su tersa piel.

—Mi señor, el cielo se oscurece, como si la negra noche fuese a reinar por siempre. El agua caerá, como si de mares infinitos se tratara. El trueno bramará retumbando en los corazones de todas las criaturas de nuestra tierra, como terribles ecos de guerra. El rayo, preso de la ira de Poseidón, caerá inmisericorde, arrasando la vida. Serán siete días de terrible agonía. Muchos morirán, el destino está sellado. Así lo he visto, así será.

—¿Cómo es posible? ¿Los dioses nos dan la espalda? —preguntó exaltado Cécrope.

—Poseidón se alza en cólera. Arrasada Atlas por los gloriosos soldados aqueos, castigada la soberbia atlante, deseaba fervientemente

ser señor de Atenas. Pero el olivo de Atenea se lo impidió. Vuestra fue la decisión, suya es la venganza —aseguró Pitia.

El rey puso la mano en su barbilla, miró a los demás reyes y a sus sabios consejeros. En sus ojos solo se leía la incertidumbre provocada por Pitia. Ella no mentía nunca y sus visiones eran siempre futuro cierto; todos lo sabían, nadie puso en duda sus amargas palabras.

—Dime, divina Pitia, ¿hablamos de un futuro cercano o por llegar?

—Poseidón ya hundió su tridente en las aguas, los cielos se hallan cargados, la furia se desata, el futuro es presente.

En ese momento, un trueno sin igual rompió la armonía de aquel día. El cielo, oscurecido, se cerró todavía más y pareció bajar hasta la tierra, cubriéndola con una espesa niebla. Un poderoso rayo crujió, destellando en su recorrido hasta la Corte de Cécrope, haciendo temblar las columnas de piedra y los corazones aqueos...

* * *

En las lejanas tierras de Occidente, las cristalinas aguas del Gran Tajo avanzaban rápidamente buscando la desembocadura en las fértiles llanuras del oeste de la Península. Tierras exuberantes, apenas pobladas y desconocidas para la mayoría de hombres civilizados; habitadas por el hombre salvaje y bañadas por el bravo Atlántico.

El río bajaba caudaloso recorriendo prados de abundante pasto y bosques de melojos y encinas. Con la caída del sol, extensas manadas de ciervos corrían dispersas por el inmenso pastizal. Los grandes machos bramaban su berrea con la caída de las hojas y la intensidad de las primeras lluvias estacionales. Los choques de las enormes cuernas resonaban por doquier. Los lobos, encaramados en sus atalayas y relamiéndose el hocico, observaban con interés a los más viejos, a los desposeídos.

Jaleando su caballo, una joven de larga melena negra, ojos almendrados y mofletes rosados apareció surcando la pradera, portando una espada cruzada en la espalda. Cubría su cuerpo con lino trenzado, un peto de malla, altas botas de cuero y una corta falda adornada con pieles de leopardo. Asido a la grupa se hallaba un carcaj y un escudo que portaba como estandarte un águila imperial. Procedía de las tierras del sur, hogar del hombre civilizado que habitaba la Península: los atlantes de Gadeira, aquellos que sobrevivieron al fatal advenimiento de Atlas.

Galopaba como alma llevada por mil demonios, alejando a las manadas de ciervas que, asustadas, se perdían en los bosques seguidas de los varetones. Los lobos erizaron el lomo al observarla y se irguieron olfateando el aire antes de lanzar un penetrante aullido. La joven

se lanzó con su montura al cauce del Gran Tajo, en una zona de ancho paso, aguas tranquilas y bajo calado. Asida al cuello y las crines del animal, cruzó el río que parecía querer engullirla por momentos.

La llanura se fundía ante un robledal inmenso; el cual se extendía hacia las montañas, junto a una alameda que recorría la linde del río. Desde allí vio una estrecha columna de humo blanco que se elevaba desde el tupido bosque y sonrió al verla.

Un humilde poblado se alzaba circunvalando una pequeña plaza, en su centro un árbol monumental, una higuera tan antigua como la vida misma. Algunos hombres salvajes recorrían las sendas, con pescados y haces de leña sobre sus hombros; las mujeres les acompañaban, hablando y riendo con ellos, con el arco y el venablo en la mano. A escasos pies, junto a una peña que sobresalía por encima del río, se mostraban varias casas de maderas nobles y adobe cocido. Una de ellas destacaba por su construcción de piedra y los adornos floreados de sus ventanales.

En su puerta, una hermosa mujer de labios sensuales y ojos azul turquesa como el claro amanecer, avanzaba distraída con una cesta de mimbre cargada de moras, frambuesas y otros frutos del bosque. Sobre la túnica blanca que vestía, resaltaban dos bandas de púrpura imperial en su estrecha cintura, que acompañaban un cintado de adornado oricalco y cuentas de argénteas. Detalles seguros de realeza divina.

Alertada por el golpeo de los cascos del caballo, miró intrigada hacia el bosque que se extendía más allá de las cabañas.

—¡Mi reina, al fin! —exclamó la joven guerrera, surgiendo por una senda, y galopó veloz hacia ella.

La mente de aquella mujer chocó contra el cielo al escucharla. Los más terribles recuerdos del horror de la batalla de Atlas la golpearon: gritos de rabia, de terror y de agonía; cuerpos malditos entregados a la macabra danza de la guerra, sudorosos, sangrientos y enfrentados entre sí; devorados por el bronce de lanzas punzantes, hachas y espadas de ancho corte. Instintivamente, se llevó la mano al costado donde fue herida en la batalla. Hacía una década que, en su lucha contra la reina Mirina y los aqueos de Atenas, se había erigido victoriosa.

Sacudiéndose de sus pensamientos las trágicas escenas de muerte, fijó la vista en la joven desconocida que, apresurada, llegaba hasta su vera. Su angelical cara, de rosados mofletes y pequeñas marcas de garras en la frente, le resultó familiar.

—Dime, ¿qué quieres? ¿Cómo has llegado hasta mí? —le preguntó Hipólita, sobrepuesta de la sorpresa y tomando las bridas del caballo de la guerrera.

—Mi reina, el noble Tarss, dueño de tu secreto, me dio el sabio consejo de visitar al rey Azaes —contestó la joven, saltando de su cabalgadura y clavando la rodilla en tierra.

—Por todas los diosas, álzate y dime, ¿quién eres que tan osada te muestras hablando con reyes y generales? ¿Quién te manda hasta mí? —preguntó Hipólita.

—Mi reina, soy Esperanza, aunque se me conoce como Imperia, hija de Evenor, el último rey de reyes de Atlanta. Nadie me envía, fui yo quién decidió que debías estar al corriente de cuanto acontece. No sería justo que un día, cuando nada pudierais hacer, llegara hasta vuestra razón la triste tragedia que porto como nueva.

—Evenor no tuvo hija alguna, murió joven y valiente en la defensa de Atlas.

—Evenor fue mi padre como Argan lo fue de mi reina Menalipa, tu amada hermana. Él cuidó de mí cuando huérfana quedé. En mi cuello porto la medalla de las hijas de la luna y en mi frente y la espalda, las marcas de mi destino.

La joven desnudó su torso, marcadas cicatrices de las garras de un águila confirmaban su verdad. Hipólita la miró, reconociendo en sus rasgos aquella cara de niña que en el pasado marchaba junto a Menalipa y a su fiel amiga, Andrea, hacia las tierras de Tribada. Miró al cielo recordando con ternura a su hermana, adoptada por el rey Argan, y el sufrimiento de los tiempos de intrigas y guerra; y una marcada sonrisa, amparada en la nostalgia, iluminó su cara. Puso la mano en el hombro de la muchacha, que se mantenía tan firme como inquieta ante su presencia. Para aquella joven, Hipólita era toda una leyenda viva: la divina reina, victoriosa de la legendaria batalla de Atlas, aquella que acabó con la tiranía de Mirina y trajo la bondad de Menalipa a los reinos de las hijas de la luna.

—Veo que me muestras verdad, la juventud te hace osada. Yo también lo fui, te escucharé. Por favor, pasa a mi humilde morada.

Hipólita tomó suavemente a la joven del brazo y la acompañó hasta una estancia superior de su hogar. Allí se hallaba su esposo Gadir, un hombre fuerte, de pelo corto y barba rasa. Estaba sentado en un cómodo lecho, relleno de plumas de oca, tomando un jugo de moras mientras tallaba artes de los dioses en una fina lámina de plomo. Había madurado como la buena fruta, su cuerpo ya no era el de un joven general, sino el de un hombre en verdad, un guerrero sin igual.

Le acompañaba su hija Armonía, una preciosa niña de cara traviesa, un terremoto para aquel hogar; y el pequeño Gadir, que había crecido fuerte, culto y sano, al igual que su hermana. Eran la vida de Hipólita y el orgullo de Gadir. En las tierras del rey Azaes, junto a su familia, Hipólita había encontrado descanso para su atormentada alma y aprendió a amar la paz, que era vida y esperanza.

Dos sirvientes trajeron un cuenco de hierbas aromáticas y unas frutas tiernas, que fueron ofrecidas a la joven una vez acomodada en mullidos cojines.

—Habla pues, mi joven Imperia. Te escuchamos.

—Mi señora, aunque somos pocas las que os hemos visto, todas las hijas de la luna te veneran como divina reina y te piden gracias ofreciendo hecatombes en el altar de la divina Artemisa. Tu pueblo te ama —dijo Imperia. Luego, titubeó y agachó la cabeza continuando con voz tenue—. Tu pueblo te necesita.

Gadir la miró alarmado. Pronto cambió su sonrisa por un gesto serio, pues sospechó lo que aquella joven buscaba.

—No soy divina reina, solo agraciada esposa; como bien puedes ver. En las tierras de Oriente, Menalipa, mi amada hermana, se alza con la corona de las hijas de la luna: ella es en verdad tu reina —respondió Hipólita.

Imperia agachó la cabeza de nuevo, sin mediar palabra, evitando la mirada de aquellos ojos azules, tan hermosos como penetrantes.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Hipólita con preocupación.

La joven cruzó su mirada con la de ella. Y la divina reina comprendió que la muchacha no era portadora de deseadas nuevas.

—Mi querida hermana... ¿Se encuentra bien?

—Hay muerte, caos y destrucción entre las hijas de la luna. La angustia de la guerra se ha cebado en nuestra tierra.

Hipólita se levantó ante aquellas palabras, alarmada, y se acercó a sus hijos.

—Id abajo a saltar con los amigos, hijos míos, vamos.

Enseguida prepararemos la cena y luego tarde será para jugar —les ordenó. Después, con el semblante de la preocupación, se dirigió de nuevo a Imperia—. Ahora dime, ¿qué está ocurriendo?

—Mi reina Menalipa se encuentra en lucha fratricida, una rebelión contra su poder enfrenta a las más valientes de las mujeres.

Los Tres Reinos: Lesbos, Tribada y Temiscira, no solo rechazan su potestad, sino que exigen el regreso de la dinastía de Mirina, pues en nada comparten su gobierno de comercio y tolerancia.

—¿Cómo es posible tras una década de bondad? —preguntó Gadir.

—Ha sido un golpe duro e inesperado. Mantis, Iris y Empusa, tres de las hijas de Mirina, se han unido para acabar con Menalipa.

—Mi hermana, ¿está bien? —repitió de nuevo Hipólita.

Un incómodo silencio recorrió la estancia.

—¡Dime! —insistió, elevando el tono de su voz.

—Nadie sabe cierto su suerte. Tras la traición de Lesbos quedó presa en manos de Iris. Acudió a una cita para sellar una paz injusta,

donde fue capturada en vil traición y mucho se dice, pero nada se sabe y de eso hace ya un largo año.

—¿Por qué no se me hizo llegar antes tales nuevas? —preguntó Hipólita, con el semblante triste y la melancolía abrumando la belleza de sus ojos.

—Mi reina Menalipa no quería involucraros en esta desgracia. Luchó sola pues sabía de tu felicidad y no quería turbar vuestra dicha.

El rostro de Hipólita fue transformándose, con un suspiro de pena.

—¿Cómo has llegado hasta nosotros? —preguntó Gadir.

—Pasé por Gadeira, pues no sabía dónde encontraros. El general Tarss en persona me recibió y me reveló, al reconocermé, donde podría hallaros —le contestó Imperia. Luego, se dirigió a Hipólita—. Temerosa de sus criaturas, en mi camino recorrí el Bosque Maldito, hogar de Antíope y de la bestia, con la intención de ponerla sobre aviso.

—Veo que eres muy valiente. ¿Sabe algo de esto mi hermana Antíope? —dijo Hipólita, intentando serenarse.

—Marchó hacia Oriente hace unos días, creo, pues Tarss envió un emisario reconocible ante ella para darle la noticia: él mismo. Yo traté de localizarla, pero fui incapaz de hallarla y pensé si quizás estaba buscando un mito. Tarss, a su regreso, me comentó que, apenas le relató lo que acontecía, Antíope tomó su larga lanza, un caballo brioso y marchó veloz. Entonces salí en tu búsqueda, cruzando el Gran Tajo, llegando hasta el rey Azaes y hasta vuestra humilde morada.

En ese momento subió la pequeña Armonía, que corrió con una ancha sonrisa, ajena a lo acontecido; y tras ella su hermano con una espada de madera.

—Madre, los demás niños ya se fueron, ¿qué tenemos para cenar? —preguntó hambrienta.

Hipólita se arrodilló frente a la pequeña y la rodeó con los brazos apretándola contra su pecho. Llamó a su hijo Gadir, el cual se acercó intuyendo que algo no andaba bien. Permaneció por unos instantes en silencio, unida a sus hijos, besando sus cabezas, y miró a Gadir, que se abrazó a ellos. Se trataba de una despedida y él lo sabía.

Imperia tragó saliva, se le había formado un nudo en la garganta. Recordó su trágica infancia, a su madre y a su padre asesinados en Artos por las guerreras de Mirina. Ella, antes, también tenía una familia de verdad. La escena la conmovió.

La luz del sol rayaba el horizonte y una numerosa bandada de ánaes cruzó sobre sus cabezas. Gadir se dirigió a unas pequeñas teas y las prendió con el fuego de una pequeña linterna de aceite, una a una, recorriendo la sala hasta llegar junto a la joven.

—Dime, Imperia, ¿en esa guerra hay alguien que defienda a Menalipa? —le preguntó en voz baja.

—Sí, mi señor. Pero no es suficiente.

—Pentesilea, Ónfale y Lyssipe, ellas son grandes reinas, nunca traicionarían los designios de Armonía, nuestra madre y reina —intervino Hipólita.

—Pentesilea se asentó en Tracia, nada ambiciona de las tierras de Anatolia y permanece lejos de la batalla. La reina Ónfale murió años antes de la guerra, en su reino de Abasa rige la voluntad de Esmirna; son tierras del emperador Huzzia, rey hitita y se mantiene neutral. En Temiscira, Lysippe perdió la razón al hallar el cadáver de su hijo Tanaís, vencido y ahogado en el río. Hoy vive presa, llorando su pena, recluida en el templo de Artemisa bajo el poder de Mantis. Lesbos cayó en manos de la malvada Iris y Tríbada está en poder de la horrorosa Empusa; asesina de jóvenes varones, que devora su sangre y sus almas.

—Pero, entonces... ¿quién continúa la lucha? —preguntó Gadir.

—La reina Ainia y sus lobas, venidas de las lejanas estepas de Oriente, son las únicas capaces de enfrentarse a las tropas mercenarias de las hijas de Mirina.

—¡Ainia! —exclamó Hipólita.

—Sí, y Andrea. Las demás, vencidas o temerosas, no quieren esta guerra entre hermanas. No hay unión, solo desidia. Me temo que Menalipa será sacrificada en nombre de una paz impuesta por esas malvadas mujeres. Solo la divina reina podría unificar de nuevo a las hijas de la luna, arengar su lucha y acabar con la estirpe de Mirina y la feroz guerra que asola nuestras vidas —aseguró Imperia.

Gadir, disgustado y con evidentes muestras de preocupación, se sentó junto a Hipólita y sus hijos y les acarició.

—Conocí a Ainia... —comentó.

—Es temida como la loba que es y perseguida sin tregua ni suerte. No sabe de derrota, ni dispone piedad alguna ante el enemigo —apuntó Imperia con un tono claro de respeto y admiración.

—Ella puso en tu cabeza la corona caída en la batalla de Atlas, cuando luchabas herida contra la Parca. Con su presencia se acabó el horror. Cruzó el mundo con la divina Artemisa y te dio vida, para traernos paz —continuó Gadir, dirigiendo sus palabras hacia Hipólita, que escuchaba en silencio.

—Sé quién es Ainia —dijo Hipólita, de forma escueta.

—Iré a Oriente a luchar en tu nombre y en el mío propio, pues bien sé que Menalipa nunca nos dejaría solos ante tragedia alguna y también que en deuda quedamos con esa valiente y noble mujer de las estepas sin fin —aseguró Gadir.

Hipólita besó a sus hijos y les abrazó de nuevo con fuerza. Después posó la mano derecha en el rostro de su esposo, le acarició el pecho con la izquierda y besó sus labios, lenta, dulcemente.